

El juego de los nombres

[Martha Crenshaw](#)

Third World Quarterly,
vol. 26, nº 1, marzo 2005,
Londres (Reino Unido)

Los ataques del 11-S parecieron cimentar un consenso sobre la definición de terrorismo. Durante la guerra fría, el término se utilizaba como arma arrojada en la batalla entre el Este y el Oeste, pero con el afianzamiento de Al Qaeda en la conciencia pública mundial apareció una definición de los terroristas como extremistas religiosos sin Estado o separatistas étnicos. Este acuerdo podría ser el resultado de la inmediatez de la amenaza más que del conocimiento de la dirección por la que viene el fenómeno, pero al menos existía una sensación de que sabíamos lo que era.

Tal vez la etiqueta de terrorista impida que los estadounidenses entiendan qué es Hezbolá, pero no está claro que su comprensión mejorase si no se aplicara

La unanimidad, sin embargo, duró poco. La guerra global de Estados Unidos contra el terrorismo renovó el debate sobre si la terminología determina la percepción que se tiene de los adversarios y, como consecuencia, también las políticas. La tendencia a emplear etiquetas para identificar a los enemigos y a utilizar la retórica para justificar cualquier comportamiento e inspirar apoyo se agrava en épocas de conflicto. Así, reaparece la preocupación en torno a que el calificativo "terrorismo" se utilice para vilipendiar a los oponentes, legitimar la represión y avivar desavenencias.

Estas inquietudes centran un número especial de la revista británica *Third World Quarterly* sobre 'La política de los nombres', un ambicioso proyecto que vincula estudios sobre los conflictos de Nicaragua, Sri Lanka, Asia central, Rusia, Argelia, Israel y los territorios palestinos,

además de Hezbolá y Al Qaeda. El argumento central es que los fuertes etiquetan mal a los débiles, normalmente utilizando el estereotipo negativo de "terrorista" u "organización terrorista", distorsionando el significado de estos movimientos. De hecho, desde el punto de vista de este volumen, ninguna categoría general es aceptable; todas enmascaran las realidades locales.

¿El lenguaje *construye* los intereses o es sólo una manera de justificarlos? El cliché "terrorista" tal vez impida que los estadounidenses entiendan lo que es Hezbolá, pero no está claro que su comprensión mejorase si no se aplicase el término. Estas denominaciones peyorativas, ¿hasta qué punto son fijas? En Sri Lanka, calificar de terroristas a los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil (LTTE) puede que haya dificultado la tarea del Ejecutivo de negociar un acuerdo. Pero los gobiernos tienen la posibilidad de cambiar las etiquetas cuando conviene a sus intereses. Tal vez éstas sean más maleables de lo que estos estudios consideran. Además, ¿deshumanizar al enemigo intensifica la violencia? Entrevistas con francotiradores del Ejército israelí demuestran que para matar no es necesario deshumanizar a nadie.

Es importante recordar que la parte débil también utiliza fórmulas negativas y ofrece versiones opuestas de la historia. Por ejemplo, si aceptamos la afirmación de Mona Harb, de la Universidad de Beirut, y de Reinoud Leenders, de International Crisis Group, de que Hezbolá posee una comprensión sofisticada de Occidente, ¿podemos entonces asumir que los débiles tienen, de alguna manera, una menor tendencia a distorsionar la realidad? Parece poco probable, sobre todo teniendo en cuenta la vehemencia y las exageraciones de gran parte de la retórica antiestadounidense actual.

Es extraño que el volumen no se ocupe de manera coherente de cómo la comunicación globalizada permite que los débiles transmitan su historia a un público crítico de forma mucho más dramática que nunca, aunque James Der Derian, de la Universidad de Brown (Estados Unidos), sí lo plantea. Los flujos de información son incontrolables. Otro problema es la dependencia de la jerga que algunos autores padecen de vez en cuando: el lector echa de menos un lenguaje más sencillo, sobre todo cuando el tema es el poder de las palabras.

El juego de los nombres.

[Martha Crenshaw](#)

Third World Quarterly,
vol. 26, nº 1, marzo 2005,
Londres (Reino Unido)

Los ataques del 11-S parecieron cimentar un consenso sobre la definición de terrorismo. Durante la guerra fría, el término se utilizaba como arma arrojada en la batalla entre el Este y el Oeste, pero con el afianzamiento de Al Qaeda en la conciencia pública mundial apareció una definición de los terroristas como extremistas religiosos sin Estado o separatistas étnicos. Este acuerdo podría ser el resultado de la inmediatez de la amenaza más que del conocimiento de la dirección por la que viene el fenómeno, pero al menos existía una sensación de que sabíamos lo que era.

Tal vez la etiqueta de terrorista impida que los estadounidenses entiendan qué es Hezbolá, pero no está claro que su comprensión mejorase si no se aplicara

La unanimidad, sin embargo, duró poco. La guerra global de Estados Unidos contra el terrorismo renovó el debate sobre si la terminología determina la percepción que se tiene de los adversarios y, como consecuencia, también las políticas. La tendencia a emplear etiquetas para identificar a los enemigos y a utilizar la retórica para justificar cualquier comportamiento e inspirar apoyo se agrava en épocas de conflicto. Así, reaparece la preocupación en torno a que el calificativo "terrorismo" se utilice para vilipendiar a los oponentes, legitimar la represión y avivar desavenencias.

Estas inquietudes centran un número especial de la revista británica *Third World Quarterly* sobre 'La política de los nombres', un ambicioso proyecto que vincula estudios sobre los conflictos de Nicaragua, Sri Lanka, Asia central, Rusia, Argelia, Israel y los territorios palestinos, además de Hezbolá y Al Qaeda. El argumento central es que los

fuertes etiquetan mal a los débiles, normalmente utilizando el estereotipo negativo de "terrorista" u "organización terrorista", distorsionando el significado de estos movimientos. De hecho, desde el punto de vista de este volumen, ninguna categoría general es aceptable; todas enmascaran las realidades locales.

¿El lenguaje *construye* los intereses o es sólo una manera de justificarlos? El cliché "terrorista" tal vez impida que los estadounidenses entiendan lo que es Hezbolá, pero no está claro que su comprensión mejorase si no se aplicase el término. Estas denominaciones peyorativas, ¿hasta qué punto son fijas? En Sri Lanka, calificar de terroristas a los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil (LTTE) puede que haya dificultado la tarea del Ejecutivo de negociar un acuerdo. Pero los gobiernos tienen la posibilidad de cambiar las etiquetas cuando conviene a sus intereses. Tal vez éstas sean más maleables de lo que estos estudios consideran. Además, ¿deshumanizar al enemigo intensifica la violencia? Entrevistas con francotiradores del Ejército israelí demuestran que para matar no es necesario deshumanizar a nadie.

Es importante recordar que la parte débil también utiliza fórmulas negativas y ofrece versiones opuestas de la historia. Por ejemplo, si aceptamos la afirmación de Mona Harb, de la Universidad de Beirut, y de Reinoud Leenders, de International Crisis Group, de que Hezbolá posee una comprensión sofisticada de Occidente, ¿podemos entonces asumir que los débiles tienen, de alguna manera, una menor tendencia a distorsionar la realidad? Parece poco probable, sobre todo teniendo en cuenta la vehemencia y las exageraciones de gran parte de la retórica antiestadounidense actual.

Es extraño que el volumen no se ocupe de manera coherente de cómo la comunicación globalizada permite que los débiles transmitan su historia a un público crítico de forma mucho más dramática que nunca, aunque James Der Derian, de la Universidad de Brown (Estados Unidos), sí lo plantea. Los flujos de información son incontrolables. Otro problema es la dependencia de la jerga que algunos autores padecen de vez en cuando: el lector echa de menos un lenguaje más sencillo, sobre todo cuando el tema es el poder de las palabras.

Martha Crenshaw es catedrática de

Administración Pública en la Universidad Wesleyan (Connecticut,
EE UU).

Fecha de creación
6 septiembre, 2007